Crítica de libros

DEL ABREVIADO MAR, *Pilar Paz Pasamar*. Ágora, 1957.

Se da vista a la poesía del Sur y se dice: aquí está la gracia. Como tendemos a ser cómodos, resulta que expresándonos de tan favorable y casi inevitable manera, hacemos, tal vez sin querer, un flaco favor a lo meridional. Porque con la "gracia" a lo peor tapamos "lo otro". Porque encasillamos bobamente, concediendo de primeras algo bueno para negar valores que pueden ser más interesantes. (En este país, y acaso en todos, el que hace bien una cosa ya puede despedirse de que le "permitan" hacer bien otra u otras.) El poeta gracioso se queda toda la vida con su sal en la boca, más amargosa si es injusta. Como se queda Antonio Machado, por otro motivo, a la orilla del Duero, en peligroso clisé.

He leído este libro de Pilar Paz procurando no acordarme dónde nació. No sé si con ello le hago un favor o lo contrario. Las etiquetas de procedencia son propias de los vagones de mercancías, y yo hay bastante gratuismo, bastante rutinismo para que encima lo fomentemos. De primeras me he encontrado con estos versos:

> Al mar pequeño se va
> cantando y no
> se vuelve más.
> Mar abreviado, mar mío,
> interno, dulce y amargo,
> donde la nave del sueño
> tuerce la espuma del cántico.

Propósito de intimidad. No obstante, he temido, lo confieso, que Pilar fuera a salirse por las "generales" andaluzas y nos colocara un disco repetido. Pero no. Decididamente, no. Toda la parte primera del libro es la prueba que esta vez, cumpliendo sus estrofas iniciales, el poeta iba por los adentros, allí donde las naves van más despacio y sin ruido.

> Aprende a estar a solas. Bebe el agua en
> [tu mano,
> nadie te la ha de dar tan limpia ni tan
> [fresca.
> Lo que tomes del mundo con la ayuda
> [de otros
> no podrás admirarlo de noche en las
> [estrellas.

Añade a la gracia—ya salió—la sabiduría, y acertarás. ¿Qué es ese replegamiento si no examen de conciencia de un modo adolescente de sentir? En su mundo recogido y nuevo el poeta se siente mayor de escritura y visión.

> Había una muchacha que aprendía can-
> [ciones,
> un pedazo de cal insobornable y fresca.

El intimismo no está vertido anecdóticamente—"les voy a contar en verso lo que a mí me pasó o me pasa"—; el intimismo de Pilar Paz tiene apetencias de largo alcance:

> Los hombres
> —arquitectos del espanto—
> destejen lianas plomizas
> en las selvas del asfalto.

(Me quedo con ese "arquitectos del espanto" junto—y es lástima—

a las "selvas del asfalto" tan manoseadillas, víctimas del consonante.)

¿Qué harías, padre Francisco,
dónde pondrías tus manos
si ya no queda, si ya
no hay sitio para los pájaros?

De todas maneras, no se distingue precisamente *Del abreviado mar* por lo que, así a la ligera, llamamos aciertos de forma, donde dicen que la poesía del Sur tiene su mayor atractivo. Se distingue, y me parece por eso más importante, por la intuición, por el dominio del verso sin demostraciones pretenciosas, por una gracia, sí, nada profesional, sino escondida, naturalísima. Entre los poemas que a todas luces Pilar considera esenciales en su libro—y lo son—, las cancioncillas más emparentadas con los grandes poetas de la tierra. Y entre las cancioncillas ese hallazgo primerísimo de "El apuntador", tan breve, tan alado y tan jondo. En la ligereza no se pierde la esencia:

¡Mundo remoto y torpe!
—le grité desde lejos—.

Hay poco jugueteo. El aire popular, cuando se da, está siempre referido al poeta, curado de bonituras. Los confines del mar pequeño se cierran retornando al motivo básico:

¡No ser nadie y tener
la nada repartida!
¡No esperar, y morir
en espera del Todo!

Pues lo dicho: no se salió por chuflillas. Tampoco llegó al entrañamiento deseable. Entre el mar chico y el otro mar. — JIMÉNEZ MARTOS.

MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA, *Concha Zardoya.* Ínsula, 1957.

Glosar algo—aquí Miguel Ángel—obliga a establecer una serie de límites, si bien, como contrapartida, el apoyo temático es mayor. El robusto verso de Concha Zardoya frente a las esculturas del florentino. O sea: escritura sobre piedra inmortal, en homenaje. En esta ocasión, el poeta se identifica absolutamente con el objeto glosado hasta el punto de que hay tanto de uno como de otro. Quiero decir que Concha Zardoya, sin salirse del motivo del libro, pone de sí lo suficiente para que su obra no tenga un tono ocasional, sino acorde con el resto de lo que conozco de ella. Continúa "dominando el llanto" en unas formas cerradas, duras a veces, emotivamente firmes—no hay contradicción—, preocupándose de lo eterno humano, de lo eterno bello. No hay forzamiento, porque en verdad lo que ha hecho ha sido volcar hacia Miguel Ángel su más característica manera. Si cabe, acendrarla, contenerla pronunciadamente.

En "Esclavo informe" acierta con lo original:

Escoplo de ti mismo, te debates
entre ser y no ser silente masa.
¡Golpeas y batallas! ¡No consigues
exenta forma pura ni aire libre!

Aunque eso de la unidad en un libro, según como se entienda, tenga sólo una relativa importancia, señalo que aquí la hay no ya determinada por el motivo, sino sobre todo por la expresión, a mi parecer demasiado uniforme. Ante algunas obras de Miguel Ángel cabía esperar que Concha Zardoya

respondiera mejor a las sugerencias que las esculturas producen. El tono se resiente a veces; falta chispazo, pero nunca, por supuesto, corrección y armonía:

Con un soplo de luz Tú das la vida
a un extraño animal: le llamas hombre.
Lentos siglos de sombra en él se cumplen.
No quiere ser feliz... Melancolías
en el pecho le clavan sus dolores.
Tú juegas, en silencio, con las nubes.

Una dulzura sin blandenguería —siempre lejos por fortuna de Concha Zardoya—ilumina especialmente los poemas dedicados a "Las tres Piedades", donde hasta Miguel Ángel se hace tierno:

Al fin le tienes ya, pero ha de irse
este cuerpo tan dulce a otra frontera.
Se desliza de ti, callado río,
buscando el verde mar, el agua eterna.

Es un acierto la compañía del texto con las ilustraciones de las obras que han servido al poeta para dar cauce a su devoción.—JIMÉNEZ MARTOS.

TIEMPO PASADO, *Jorge Campos*. Cantalapiedra. Santander, 1956.

Tiempo Pasado tiene unidad de ambiente, de estilo, de propósito. Dos características suyas caben destacar en esta breve nota: el carácter español de sus cuentos y la forma novelística en cierto modo de presentar el personaje central. Los españoles de Jorge Campos son de Valencia, saboreadora y ubérrima. Llenan estos cuentos la superstición, el chalaneo misérrimo, los proyectos mezquinos, los sueños de grandeza, las bromas bárbaras y el absurdo provincianos. Todo en clima de cuento: con ternura, ironía y humor. En ninguno de ellos hay la influencia cinematográfica que muestran otros cuentos y cuentistas de hoy. La vida, en estos cùentos, no está pasada por el cine, no está a la última; es lenta y pasan las cosas con lentitud, una y otra vez, por la mirada y el comentario sin quedarse a una carta, sin quedar definidas por miopía o pereza. Se cuenta la historia un poco a golpes, sacando a relucir brevemente alguna otra historia que se enreda, como ocurre en el Casino provinciano, en la barbería soñolienta, en el campo o al caer la tarde en la calle. Esta sensación de morosidad—sensación, porque el cuento en sí no es prolijo, interesa y deleita—contrasta con la rápida, certera descripción de escenarios que, al situar la acción, va dejando el cuentista en los relatos. Frases independientes, cortas, impresionistas y, alguna vez, a ritmo rápido, oraciones breves acumuladas: cláusula en abanico.

En cuanto al protagonista de cada cuento—y a veces también a los que le acompañan—, Campos ojea su aspecto, hace que hable y le sumerge en una anécdota en que despliegue sus cualidades de personaje de cuento. Da el escritor su aspecto externo, lo que le parece y se figura, le busca el clima y el tema, hace que los demás personajes le traten y le hablen y lo demás es cuenta del lector. Digo que Jorge Campos no da por sabido para él cómo es por dentro su personaje—cosa usual, lícita y hasta distintiva del cuento—, no dice lo que piensa el personaje ni parece saberlo, aunque, naturalmente, sí lo sabe y da este conocimiento de su criatura por otros caminos que, a nuestro juicio, se adentran en la novela. Y se adentran sin menoscabo del cuento.

Jorge Campos es un fino escritor

que expresa con humor sus temas y con maestría. Es de nuestros escritores más cultos y, para hacer el tan necesario distingo orteguiano, de los de alma más cultivada. Acaso a Jorge Campos, que es Premio Nacional de Literatura por este libro, le falte la charanga—el pasodoble—de que se vale en este país el torero y el escritor para hacerse notar. Acaso haya elegido él una vida sencilla e importante. Yo no lo sé. Jorge Campos, desde 1940, ha publicado nueve títulos entre narraciones cortas y colecciones de cuentos. Son importantes la fecha, el número de títulos y la calidad de los cuentos de Jorge Campos.

M. F.

POEMAS DE AUSENCIA, *Julio Mariscal Montes.* Colección "Lazarillo". Madrid, 1957.

Otro libro de amor de Julio Mariscal, pero éste escrito desde la crispación. La mujer está ahora perdido en distancias y caminos ajenos, en ausencias y viajes para siempre, con un punzante billete de ida solamente. Perdida, aunque su recuerdo baila como una entrañable gotita de mercurio en la mano del poeta, y viene, se va y cubre su realidad con una nueva y soñada plasmación. Total, dos mujeres frente a frente, la de carne y hueso y la tiernamente, humanamente incorporada:

No sé si al escoger te prefiriera
a ti, real, de carne y hueso, como eres,
o a esta otra de sueños, de quimeras,
que yo me he ido haciendo
con las horas de ayer y tu vacío...

Y además existe otra amada, la tercera, mejor que estas dos de la tierra—reales o no—, igual que hay un mundo mejor que el que vivimos. Mundo, mujer, cielo de poeta. El cual, entre verso y verso, afila su tristeza con tanta maravillosa bigamia lírica.

Veintiséis poemas tiene este libro, veintiséis rojos altercados de soledades. Hay mucha navaja asesina metida dentro de la poesía de Mariscal, mucho combate callado y, por tanto, andaluz. Y, a la vez, qué bella ocasión para hacer desfilar al son de la memoria toda una perspectiva de cuajos campesinos:

Dicen que el tiempo es yunta irremediable
para las barbecheras del recuerdo.

Me da la sensación en algún momento esta poesía de sameniana. Samain, o éste pasado por Juan Ramón. Evocación de Angelus, de paisajes heridos y palpitantes como un morado, inmenso buche de paloma.

En la sangre le bulle a Julio Mariscal un mal inquilino: el dolor. No se le puede echar, y hay que acostumbrarse a sus arañazos de jardín, a sus histerismos de hijo único. Luego, ya reposado el primer susto de melancolía, el poeta se relame con su propia desventura, se adhiere a ella como la resina al árbol y saca sonrisas de donde sólo había barro, lágrimas, ejercicios ásperos de ortigas. Y nadie piense en sentimentalismo del tonto, en retraso de experiencias poéticas, en anacronismo de cantares. La poesía de Mariscal tiene raíces de una modernidad indiscutible. Digo esto porque he leído en alguna que otra parte que escribir de amor resulta en nuestros días retórico. ¿Amor en vía muer-

ta? Si el amor está pasado de moda, entonces los poemas de este libro no valen para el tiempo. Pero, gracias a Dios, el amor no es un bombín, que ya no se lleva, y

todo no es lucha,
esquina obtusa o lluvia sin nostalgia,
porque tengo tu nombre para medir la
[luna...

Todo no es lucha en el sentido de grito en comunidad. Hora es de desterrar tantísimo pato con su cuá, cuá, cuá repetido, igual, monótono.

Y la actualidad y originalidad de esta poesía de Mariscal, en lo formal, aparece clara, y conlleva un estilo ya localizado y degustado, que desliza metáforas de etiquetas, suaves, y derrama interjecciones coloquiales y violadas. La poesía es arte, descansa en el mundo sensible, desnudamente estético. Si quitamos a la poesía esa sensibilidad, la hacemos sólo racionalidad, es decir, filosofía y puro entendimiento. Y si se acude a las uvas de lo social, se corre el peligro de uniformidad en un mismo vino y de no saberse sincerar. Poeta social será el que sienta sobre su propia carne la albañilería que él canta, o lo que sea. Pero, por favor, limpiemos a la poesía de la suciedad innecesaria. Lo encantador de las mujeres es que tienen el sexo sugerido, oculto. Tal la poética de Mariscal: esconde lo sucio y queda la gracia y la antesala de lo deseable.

MANUEL MANTERO.

POEMAS PARA UN CUERPO. *Luis Cernuda.* "A quien conmigo va". Málaga, 1957.

Cernuda, o un subsuelo atormentado, sombrío, terriblemente solo, de donde, sin embargo, emana una tenue armonía. Se ha hablado mucho de su parentesco con Bécquer; a mí se me antoja un Bécquer en frío, capaz de aislar el sentimiento de lo circundante y hacer del amor conocimiento de lo amado; algo que no participa del distante anhelo que provoca. Verdad es que pocas, si alguna vez, se habrá expresado la pasión a secas de un modo tan elaborado, sutil y, en última instancia, sereno. Cernuda pone en claro—en claras y ágiles formas — su esencia pasional, que no pide aquí ni siquiera correspondencia. "Amor, terror de soledad humana". Se oscila entre el tono abiertamente romántico:

¿Y mi vida?
Dime, mi vida.
¿Qué, si no eres tú?

(Versos que pueden figurar en la más ingenua de las composiciones) y ese afán hondo de en torno a un amor divagar sobre lo que ya no es el cuerpo solamente:

Acaso en el infierno el tiempo tenga
la ficción de medida que le damos
aquí, o acaso tenga aquella desmesura
de momentos preciosos en la vida.
No sé. Mas allá el tiempo según dicen,
marcha hacia atrás, para irnos desvi-
[viendo.

De "De dónde vienes":

Si alguna vez te oigo
hablar de padre, madre, hermanos,
mi imaginar no vence a la extrañeza
de que sea tu existir originado en otros,
.....
Un puro conocer te dió la vida.

Este verso último daría lugar a consideraciones psicológicas que no son posibles ahora. Muy breve es "Poemas para un cuerpo", y es bueno así, sea porque Cernuda, sin

relumbrones, un mucho escondido su secreto poético, gana en la relectura:

> Tantos años que pasaron
> con mis soledades solo
> y hoy tú duermes a mi lado.
> Son los caprichos del sino,
> aunque con mis circunloquios
> cuánto tiempo no he perdido.

Cernuda, o el deseo de compartir, resuelto en aceptación y melancolía.

La edición es cuidadísima, según es norma de "A quien va conmigo", regida por Fernández Canivell.

JIMÉNEZ MARTO.

COLECCIÓN ÁGORA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. Luis López Anglada: *ELEGÍAS DEL CAPITÁN*. 15 ptas. Agotado.
2. Leopoldo de Luis: *EL EXTRAÑO*. 20 ptas. Agotado.
3. Concha Lagos: *LOS OBSTÁCULOS*. 15 ptas. Agotado.
4. José García Nieto: *LA RED* (2.ª ed.). 25 ptas. Premio Fastenrath.
5. Manuel Alcántara: *MANERA DE SILENCIO* (2.ª ed.). 15 ptas. Agotado.
6. Gerardo Diego: *AMAZONA* (2.ª ed.). 25 ptas. Premio Larragoiti.
7. José Luis Prado Nogueira: *ORATORIO DEL GUADARRAMA*. 25 ptas. Agotado.
8. José María Requena: *LA SANGRE POR LAS COSAS*. 20 ptas.
9. Ángel Crespo: *TODO ESTÁ VIVO*. 20 ptas.
10. Rafael Millán: *DE LA NIEBLA*. 25 ptas.
11. Joaquín Fernández: *PIEDRA MAYOR*. 20 ptas.
12. José Gerardo Manrique de Lara: *ELEGÍAS Y GOZOS TEMPORALES*. 25 ptas.
13. Gabriel Celaya: *ENTREACTO*. 35 ptas.
14. R. M. Rilke: *CINCUENTA POESÍAS*. 45 ptas. (Traducción y epílogo de José María Valverde.)
15. Ricardo Molina: *ELEGÍA DE MEDINA AZAHARA*. 25 ptas.
16. Pilar Paz Pasamar: *DEL ABREVIADO MAR*. 25 ptas.
17. José Hierro: *CUANTO SÉ DE MÍ*. 30 ptas.
18. Adriano del Valle: *ÉGOGLA DE GABRIEL MIRÓ y FÁBULA DEL PEÑÓN DE IFACH*. 20 ptas.
19. Pablo García Baena: *ÓLEO*. 20 ptas.